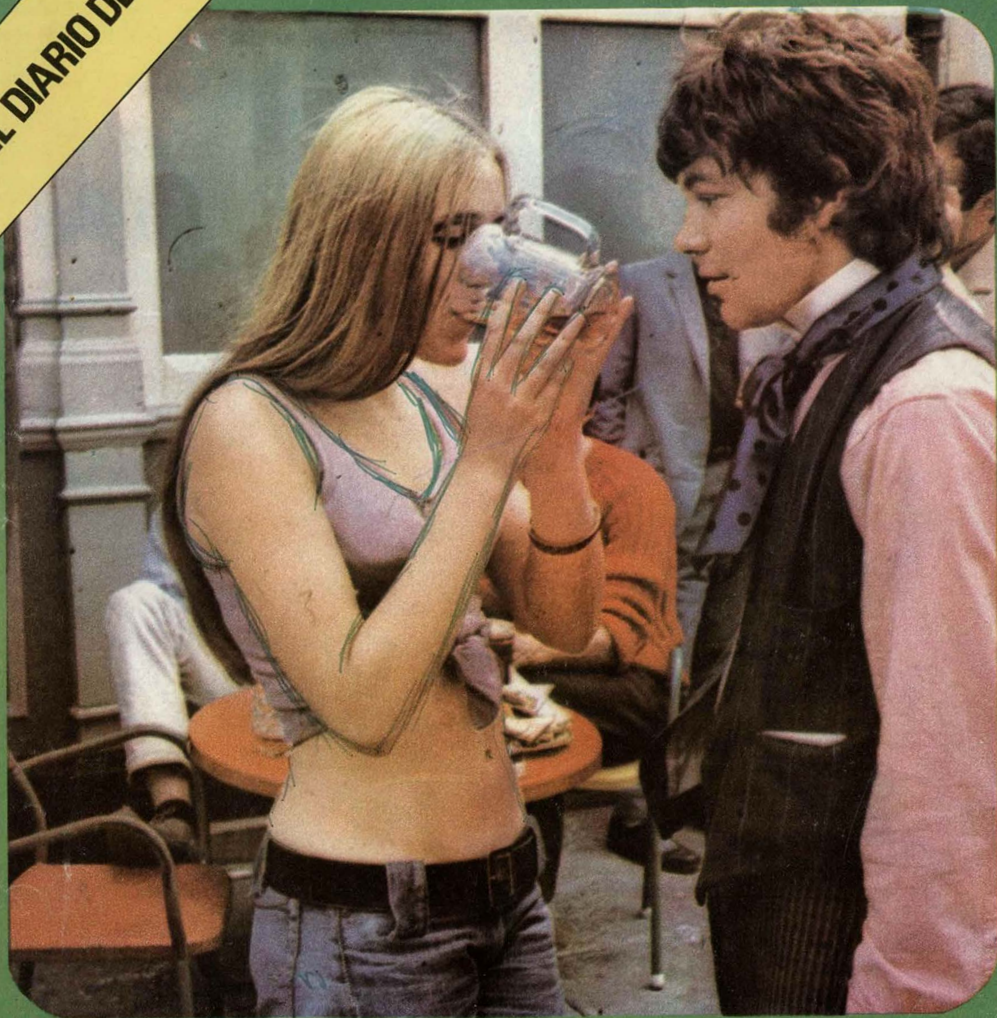


EL DIARIO DEL CHE



El hundimiento del SWINGING LONDON

Germán García - Archivo Virtual,

www.descartes.org.ar

Archivo Virtual de la Argentina

Nació en Junín (provincia de Buenos Aires), el día de Navidad de 1944, y durante los primeros veinte años de su vida desempeñó una docena de oficios diversos. Todos ellos —y casi todas las alternativas de esa vida— le sirvieron desde 1964 para intentar una novela desprolija, imposible de subdividir en capítulos, abierta como toda verdadera aventura de lenguaje, torrencial.

Es la que publicará, a fines de este mes, la Editorial Jorge Alvarez, con cuyo permiso se anticipa este texto. Se ha preferido transcribir sus primeras páginas, ya que las trescientas que la componen gozan del mismo aliento, y cualquier párrafo puede dar sólo una idea aproximativa de esa respiración que equivale a veinte años de historia, a diez horas de confesiones, o a una noche de amor.

Germán Leopoldo García, el autor de esta apertura, prepara ahora una segunda novela (*Viraje*), que se publicará con el mismo sello, y algunos textos anteriores integrarán la antología *Mano de obra*, un libro de cinco autores que Editorial Sunda tiene en prensa.



por

Germán Leopoldo García

Nanina era el angelito ilusorio de los niños que nosotros fuimos. Ilusorio porque nuestra amistad con el Diablo era cosa probada con nuestros padres y aprobada por nosotros. Ella y el abuelo tenían la misma manera de escurrir el tiempo de ocupar un espacio compacto y silencioso. Y el abuelo murió y Nanina no. El abuelo estaba frío en su cajón, Nanina estaba tibia bajo el sol: sus ojos cruzaban la noche. Era el camino perpetuamente ampliado ante sí: perderse tras ella en el monte que estaba frente a casa era reencontrar, después del miedo, la certeza de que perder un camino es descubrir otro, instantánea, explosivamente, más allá del terror. El presente se abría frente a ella en el cielo de verano como los ojos inviolables de un gigante: ella fue nuestro presente. Y fue también el mundo blanco y es-

ponjoso de su pelo en ese éxtasis de los arco iris cada vez más raros porque las lluvias se hacían adultas y uno no levantaba ya los ojos al cielo. Tu agonía debajo de las palmeras marcó todos nuestros posibles horizontes: de Nanina a la muerte hay una red de inabarcables imágenes y la siesta del sol da en nuestra piel, la arde, sin rescatarla nunca.

Nanina, sol y siesta son nuestra sagrada trinidad y aquí empezamos un baldío donde la pelota corrió kilómetros incontrolables entre nuestras piernas: zigzagueaba seguida de nuestras miradas y caía picando cuando todos nos lanzábamos, uno trabando al otro, impulsados por la ansiedad de todo aquel verano: la figura de la pelota en el aire fue parte de nuestro lenguaje de signos invisibles a los mayores.

Antonio, mi padre, cruzó por allí hacia el trabajo. Con las palabras de un amigo: *Cruzó orgulloso de su traje de mecánico*. Las acacias reseca y los tréboles y la gramilla vencida y amarilla, todo como el paisaje: su cabeza tejía pedazos de una vida flotante, interminable, y siempre pasada. Cruzaba dentro de su traje de mecánico empujado por la brisa que hacía zigzaguear a la pelota en el vacío.

Tus pasos no marcaban el tiempo hacia la vida, y recorría un mundo que no dejaba huellas detrás tuyo y era sólo un borrón hacia adelante: habías crecido antes de nacer y no podías.

El tiempo te absorbía fugaz y anónimo dejándote las arrugas por tu cuenta, los horarios de esclavos por tu cuenta, las botellas vacías por tu cuenta: fuiste demasiado grande para

recorrer los caminos de Nanina. Si vos te hubieras incorporado verticalmente, como un chico verdadero, antes de estar curvado con los brazos caídos como mono y la cabeza baja y los nudillos apretados inútilmente, habrías descubierto en un acto, como los locos, los suicidas, vencido y perdido, tu propio y único camino; pero el camino de la botella te tenía amarrado por su pico.

Dentro de la botella no está el sabor que se adueña de los vencidos y hace estallar el mundo de la imagen, dentro de ella el único camino del vómito en la noche, del sueño perpetuo.

Ni vos ni Nanina sabían (como nosotros intuíamos) que la infancia no ofrece alternativas y que ella es crecer o morir, morir creciendo: ustedes no sabían que la infancia es un rostro transitorio, un borrón en el cielo.

Aquí comienza la danza de nuestros movimientos diarios: Blanca, mi madre, bañó en un fontón a Naty, después a Pety, después a Toti y después a mí. Aún su mano hace correr el agua por el cuerpo; aún el olor fuerte de aquel galpón-batea en cuyos tirantes las ratas tenían su circo.

Papá vivía matando a sus enemigos invisibles, aunque siempre evitaba sus caminos. Eran de Nanina los caminos del agua cuando la lluvia trazaba sus canales sobre el patio. Aún está allí la ventana con nuestras cuatro narices aplastadas contra el vidrio; aún está allí la noche, un muro frenando nuestra huida hacia la calle.

Orino contra la pared. Las manchas de humedad se animan, se espesan en los contornos de las noches de miedo. Nanina se acomoda a mi lado y duerme con su pelo cáldo, palpitante y eterno. Aún estoy despierto cuando la luz del amanecer hace surgir la porosidad de las paredes y los mapas rojizos donde el revoco se ha caído.

Mamá por milagro económico hace la comida y todos reunidos miramos las manos de papá, agrietadas de trabajo y grasa. Mi hermana soñó que se moría y está triste. La escuela llama desde una esquina cercana a Nanina se lame las patas delanteras sin mirar a nadie. Ella queda en manos del tiempo hasta que regresamos corriendo, arrojando los útiles en cualquier parte. La escuela está elegida antes que nosotros y cierra los caminos sin que nos demos cuenta. Comprendemos que las leyes de gravedad de este planeta nos caen muy mal; para soportar la escuela hubiera sido necesario un planeta más chico, un planeta donde nuestros cuerpos fuesen tan livianos como el de los pájaros. El ejército de maestras, blanco y férreo, sabe desviar las cosas más ocultas, taponar los vacíos de más aire y reducir a nada los caminos más libres de Nanina.

Cuanto menos quiero la escuela, más Nanina es la libertad: por ella descubrimos que los gatos no lloran, sino que gritan de placer, de ser felices como nosotros cuando reíamos. Ella fue siempre lo contrario a la paliza: papá era paliza y por eso nunca estuvo en la siesta con nosotros. Él era él: era los pastos de su camino hasta que se muera justamente allí donde había re-

gresado a sentarse en un árbol, a contemplar su vejez en la del árbol, en sus cortezas gruesas y quebradas por los años; antes había estado orgulloso de ser quien era, después el orgullo se perdió y papá se estrechó hasta que fue más amplio, por estrecho, que todas las amplitudes de la noche.

Lo cierto es que Nanina y él fueron extraños siempre. Sus únicos roces eran las patadas de papá a ella, que nosotros temíamos y despreciábamos como una de las formas de la paliza.

Ahora papá estaba seguro de que vivía en un mundo: un mundo absolutamente duro y despiadado y pútrido; se aterraba de esa extrañeza que se operaba en él y que los compañeros de trabajo se empeñaban en asociar a la muerte, la locura y el vino. Ya loco, mejor dicho, ya superado su temor a estar perdido y comprendiendo que se trataba de su camino lejos de los otros, se sintió solo.

Desde las cumbres de los tallos rugosos hasta la última gota de sus ojos veía con dolor y ternura y odio la vida de otros hombres: él fue otro hombre, se perdió sin resistencia junto y lejos de nosotros. Y no sólo papá. Nanina estaba mal: sus ojos enrojecidos, su lengua puntiaguda, sus dientes blancos y al parecer blandos; era ella mirando hacia la muerte, despidiendo su corazón como un trapo, baba blanca y gestos extraños, erizamiento del lomo y crispación de su cuerpo: los ojos de Nanina se cierran frente a los nuestros.

Naty, mi hermana, dijo que el mendocino don Pedro, con olor a cebolla en el aliento y cara colorada, eso dijo Naty: él, su quinta, él, que tenía el cajón para su muerte y el de su señora, doña Rosa, sobre el ropero, él, dijo Naty; él la envenenó. Justamente él: cajón de muerte envuelto en tela negra; él, olor a cebolla; él, sus gestos, su maldita casa gris junto al baldío. Sus eructos sobre nosotros cuando nos regalaba duraznos eran los eructos de la muerte. Sus duraznos son ya la verdadera muerte total que nos acechaba en la escuela, en los insuficientes, en las pelegas, en los guardapolvos, rotos y mugrientos; doña Rosa y don Pedro son la muerte eructante de casa gris y aliento de cebolla.

La agonía de Nanina es como pasar de chico a loco y juntamos con frenesi la leña para la hoguera de San Juan; mamá con su pollera floreada y su blusa descolorida cuelga ropa en el patio, tostándose los brazos.

Papá flotó entre él y su identidad como un extraño: quiso recordar y lloró y vomitó sobre la pollera floreada de mamá. Sus ojos, como los de Nanina: papá tenía la muerte de don Pedro en la mirada. Esa noche rompimos con la furia de nuestros pies la quinta de don Pedro, sus hermosos tomates, sus ajíes queridos, su mundo de la muerte. Él era muerte y queríamos matarlo:

—¡Hay que matarlo, viejo puto! —dijo Toti, mi hermano, olvidando lo malo de las malas palabras.

Papá lloró toda la noche en nuestra pieza única y abarrotada; se llevó el cuchillo a la garganta y no se mató.

Papá tenía a la muerte y nos lo dijo una noche.

—Tengo miedo, mucho miedo —y en sus palabras yo estuve desamparado como nunca—. No nos queda nada —dijo también.

—¿Y la escopeta? ¡Nos queda la escopeta!

No; papá había cambiado la escopeta por un traje gris a un hombre del trabajo: no nos quedaba nada.

Pisoteamos las plantas, blasfemamos contra el mundo de la quinta de don Pedro. Contra su roja cara-cementerio, contra su verde quinta-cementerio.

—No quiero otra cosa que no sea vino —dijo papá.

—No, viejo, ¡por favor! —dijo mamá.

Nanina vomitó, como mi padre, durante toda la noche. Nanina no se acurrucó en la cama, como mi padre; vomitó bajo la palmera con su cuerpo erizado, con sus uñas clavadas en la tierra.

Papá quería un camino donde la memoria no se anule para olvidar las cosas vergonzantes un camino que no tuviera vergüenza ni martirio: sólo infancias dé hombres. En ese camino imaginado y deseado buscó un rincón de luz, fervientemente luz; sus ojos y la luz; su boca y sus recuerdos y la luz. Estabas condenado a no encontrar nada de luz porque nunca habías abandonado tus recuerdos inútiles. Papá agradeció creyendo que moría, las veces que otros hombres volcaron su ternura sobre él. Lloró por su madre que, antes de ser la muerta, era vencida; ella había tenido la cara de sí misma, los gestos de sus gestos y él no tenía a nadie.

Éste tu corazón que no es el tuyo no sirve para la ciudad, es un corazón de no-ciudad. Es un corazón para los fideos del domingo, para la vida y el llanto; no para el mundo, no para la ciudad, no para la vida.

La cabeza de papá se empapó de nubes oscuras, llameantes como nosotros contra don Pedro: el delirio creció en su cabeza con un ritmo de loco y mil demonios. Todos sus pedazos arrojados afuera y para nada.

—Es el delirio del alcohol —decía el médico.

No es eso, aunque lo sea: es la muerte-don-Pedro con olor a cebolla. Es la muerte-tela-negra sobre el ropero de don Pedro y es el camino que se perdió sin que otro lo suplantase; es la muerte única e irrepitible de Nanina, la machorra que apareció esta mañana debajo de la palmera, muerta, estéril, sin cría y sin pena, con la boca estirada como una cámara de bicicleta. La noche de Nanina fue la de papá, aunque siempre por caminos contrarios. A papá lo llevaron envuelto en un chaleco de lana dentro de la Asistencia Blanca y Nanina está aún debajo de la palmera enterrada en el patio de la casa. El aire, el tiempo en su memoria contiene todo: el algodón de Nanina, el camino desdibujado para siempre de papá, la risa y los llantos de mamá, la muerte ya prevista de don Pedro: muchas otras muertes en este aire viciado desde siempre. ♦

Copyright Jorge Alvarez, 1988.